

Miguel Angel Ferrando, S. M.
Profesor de la Facultad de Teología, U. C.

LA SEXUALIDAD HUMANA EN EL NUEVO TESTAMENTO

ENFOQUE DEL TEMA

LOS Obispos alemanes publicaban el 15 de marzo de 1973 una carta pastoral titulada "Sobre cuestiones acerca de la sexualidad humana". En ella afirman que "la Sagrada Escritura no contiene ninguna enseñanza desarrollada sobre la conducta sexual, pero hace alcances importantes para nuestro tema" (1). De hecho, los Obispos dedican sólo cuatro líneas de la página 9 y la página 10 entera al tema de cómo enfoca el Nuevo Testamento la sexualidad humana. El documento tiene trece páginas, en la edición alemana.

La Declaración "acerca de ciertas cuestiones de ética sexual", dada en Roma por la Congregación para la Doctrina de la Fe el 29 de diciembre de 1975, cita frecuentemente la Escritura, sobre todo el Nuevo Testamento, pero tampoco expone directa y sistemáticamente una teología bíblica sobre la sexualidad humana.

Los libros de Teología Moral del Nuevo Testamento dedican al tema de la ética sexual pocas páginas relativamente (2).

Estas someras constataciones dejan una inquietud y una duda: ¿Es posible hacer un estudio de teología bíblica, que merezca el nombre de tal, sobre el tema de la sexualidad humana en el Nuevo Testamento? Suponiendo que la respuesta sea afirmativa, se plantea un segundo problema: ¿Cuál es la validez para el hombre de hoy de las indicaciones esparcidas por los libros inspirados?

La Congregación para la Doctrina de la Fe es tajante al afirmar que "se equivocan" quienes relativizan "las normas de la ley natural o preceptos de la Sagrada Escritura", viendo sólo en ellos "expresiones de una forma de cultura particular, en un momento determinado de la historia" (3).

(1) *Hirtenbrief der deutschen Bischoefe zu Fragen der menschlichen Geschlechtlichkeit*, München 1973, p. 9.

(2) Cf. C. SPICQ, *Théologie Morale du Nouveau Testament* (Etudes Bibliques), Paris, Gabalda 1965, vol. I, pp. 209-212; vol. II, pp. 554-566. R. SCHNACKENBURG, *El Testimonio moral del Nuevo Testamento*, Madrid, Rialp 1965, pp. 109-118 y 200-208. K. H. SCHEKLE, *Teología del Nuevo Testamento, III: Moral* (Biblioteca Herder 147), Barcelona, Herder 1975, págs. 347-383.

(3) *Declaración*, No 4

Diametralmente opuesta es la posición de los autores de un importante y reciente libro sobre la sexualidad humana: "La Biblia no debe ser mirada como dando prescripciones absolutas en lo que toca al sexo. Instrucciones condicionadas de modo específico por una cultura no pueden pretender ser válidas para todos los tiempos... [De la Sagrada Escritura] sólo pueden ser extraídas unas pocas líneas o directrices generales, y éstas deben ser interpretadas históricamente" (4).

En consecuencia, dos son los problemas que parecen plantearse con especial urgencia al lector de la Biblia:

1. ¿Qué dice el Nuevo Testamento de la sexualidad humana?

Y, si esta investigación ha de ser algo más que un distante llegar a conocer antiguas formas de comportamiento,

2. ¿Vale lo que dice para mí, hoy, aquí?

Las líneas siguientes pretenden dar una respuesta sucinta a estos dos interrogantes.

1. INDICACIONES DEL NUEVO TESTAMENTO EN TORNO A LA SEXUALIDAD HUMANA

1.1. Precisiones

Es verdad que la Biblia no presenta un tratado sistemático de ética sexual. Es también verdad que no existe en griego antiguo —ni bíblico ni extrabíblico— un término que exprese el mismo concepto que expresa hoy la palabra "sexualidad". Sin embargo, son numerosas las alusiones, incluso bastante amplias, a temas y problemas relacionados con la vida sexual del hombre: matrimonio y celibato, castidad y desenfreno, dignidad del cuerpo humano en general y de la mujer en particular, etc.

Sobre algunos de estos temas los estudios son numerosísimos. El matrimonio y su indisolubilidad han hecho correr ríos de tinta. Son muy abundantes y serios los comentarios a tal o cual texto bíblico, como 1 Cor. 7. El tema de la mujer en la Biblia ha sido con frecuencia objeto de la atención de los teólogos (5). Vocabularios y diccionarios de Teología Bíblica tratan de precisar el significado exacto de

(4) KOSNIK, A., CARROLL, W., CUNNINGHAM, A., MODRAS, R. SCHULTE, J., *Human Sexuality*. New Directions in American Catholic Thought. A Study Commissioned by The Catholic Theological Society of America. New York, Paulist Press 1977, p. 7. Esta idea se repite más de una vez: cf. pp. 17, 31.

(5) Cf. el libro *La mujer en la Biblia*. Madrid, Escuela Bíblica 1975, editado por la Federación de Agustinos Españoles, que recoge seis conferencias pronunciadas durante el verano de 1975 en el

Diametralmente opuesta es la posición de los autores de un importante y reciente libro sobre la sexualidad humana: "La Biblia no debe ser mirada como dando prescripciones absolutas en lo que toca al sexo. Instrucciones condicionadas de modo específico por una cultura no pueden pretender ser válidas para todos los tiempos... [De la Sagrada Escritura] sólo pueden ser extraídas unas pocas líneas o directrices generales, y éstas deben ser interpretadas históricamente" (4).

En consecuencia, dos son los problemas que parecen plantearse con especial urgencia al lector de la Biblia:

1. ¿Qué dice el Nuevo Testamento de la sexualidad humana?

Y, si esta investigación ha de ser algo más que un distante llegar a conocer antiguas formas de comportamiento,

2. ¿Vale lo que dice para mí, hoy, aquí?

Las líneas siguientes pretenden dar una respuesta sucinta a estos dos interrogantes.

1. INDICACIONES DEL NUEVO TESTAMENTO EN TORNO A LA SEXUALIDAD HUMANA

1.1. Precisiones

Es verdad que la Biblia no presenta un tratado sistemático de ética sexual. Es también verdad que no existe en griego antiguo —ni bíblico ni extrabíblico— un término que exprese el mismo concepto que expresa hoy la palabra "sexualidad". Sin embargo, son numerosas las alusiones, incluso bastante amplias, a temas y problemas relacionados con la vida sexual del hombre: matrimonio y celibato, castidad y desenfreno, dignidad del cuerpo humano en general y de la mujer en particular, etc.

Sobre algunos de estos temas los estudios son numerosísimos. El matrimonio y su indisolubilidad han hecho correr ríos de tinta. Son muy abundantes y serios los comentarios a tal o cual texto bíblico, como 1 Cor. 7. El tema de la mujer en la Biblia ha sido con frecuencia objeto de la atención de los teólogos (5). Vocabularios y diccionarios de Teología Bíblica tratan de precisar el significado exacto de

(4) KOSNIK, A., CARROLL, W., CUNNINGHAM, A., MODRAS, R. SCHULTE, J., *Human Sexuality. New Directions in American Catholic Thought. A Study Commissioned by The Catholic Theological Society of America.* New York, Paulist Press 1977, p. 7. Esta idea se repite más de una vez: cf. pp. 17, 31.

(5) Cf. el libro *La mujer en la Biblia*. Madrid, Escuela Bíblica 1975, editado por la Federación de Agustinos Españoles, que recoge seis conferencias pronunciadas durante el verano de 1975 en el

términos como "porneía", "akatharsia", "egkrateía" —que suelen traducirse por "fornicación", "inmoralidad", "autodominio"— y otros por el estilo.

No es posible ni parece oportuno el intentar resumir aquí lo dicho en muchos libros y revistas. Queda a un lado, desde luego, el tema de la indisolubilidad del matrimonio. Pero ¿por dónde comenzar a hablar de la sexualidad humana en el Nuevo Testamento, armados de un concepto de sexualidad más espontáneo que científico? Habrá que partir por el análisis de textos y actitudes —primero de Jesús, luego de sus discípulos— que casi unánimemente son aducidos por quienes han interrogado al Nuevo Testamento acerca de la sexualidad humana. Luego unos textos llaman a otros textos, unas ideas sugieren otras ideas. Una vez más, sólo al llegar al fin del camino sabe uno exactamente hasta dónde conduce y por qué vericuetos.

1.2. Evangelios

Jesús es para sus adversarios un hombre "comilón y bebedor", amigo de publicanos y pecadores". El mismo reconoce que, a diferencia del Precursor, el Hijo del Hombre "come y bebe" (Mt. 11,19). No hay en él una actitud tensa, una actitud que haga pensar en un asceta al estilo de un faquir, ni siquiera de un monje esenio. Jesús acepta invitaciones a festines. Los evangelistas no dicen nada de los sentimientos con que asiste a ellos, pero no parece verosímil que fuera con mala cara y a regañadientes. Según el relato de Marcos, se diría que es él mismo quien organiza la fiesta que sigue a la conversión de Mateo-Leví (Mc. 2,15).

La conducta de Jesús con las mujeres tiene características semejantes (6). No hay en él misoginia, ni hostilidad, ni desconfianza. Casi hasta escandaliza un poco a sus contemporáneos más piadosos, incluso a sus discípulos. Se deja servir por mujeres (Lc. 8, 2s), acepta que unjan y besen sus pies (Lc. 7, 36-50; Jn. 12, 1-3). Se puede hablar de amistad de Jesús con las hermanas Marta y María (Lc. 10, 38 ss). Una mujer, María Magdalena, es el día de la resurrección "la apóstol de los apóstoles", como la llama bellamente la liturgia (Jn. 20, 17). Según el autor del cuarto evangelio, Jesús se revela con desusada claridad como Cristo e Hijo de Dios a dos mujeres: Marta (Jn. 11, 25-27) y la samaritana (Jn. 4, 26). Este episodio de la conversación de Jesús con la samaritana resulta esclarecedor. El Señor habla con calma, con sosegada comprensión a una mujer que sabe bien está lejos de ser un modelo de castidad. Cuando vuelven los discípulos de haber comprado alimentos en algún lugar cercano, "se quedaron sorprendidos —anota el evangelista— de que estuviera hablando con una mujer" (Jn. 4, 27). Los comentaristas de la escena no olvidan

Real Monasterio de El Escorial. Sobre los otros temas, rápidamente enumerados, daré en los lugares pertinentes algunas indicaciones bibliográficas.

(6) Cf. A. SALAS, *Jesús de Nazaret ante la mujer*, en *La mujer en la Biblia*, o. c. nota 5, pp. 79-104. SCHNACKENBURG, o. c. nota 2, pp. 109 s.

llamar la atención sobre las prevenciones que tenían los rabinos frente a las mujeres (7).

No hay en el Señor animosidad contra el matrimonio como institución ni contra los hombres casados. Según Juan, su primer milagro tiene lugar durante un banquete de boda, al que asiste con sus discípulos (Jn. 2, 1-11). Jesús devuelve al matrimonio su prístina dignidad porque, al derogar la ley mosaica que permitía el divorcio bajo ciertas condiciones, pone otra vez en evidencia uno de sus rasgos esenciales: el de ser en esta tierra una imagen de Dios que es amor, amor perpetuo, fecundo y libre (Mc. 10,2-12; Dt. 24,1). Pedro, el sucesor del Maestro al frente de la Iglesia, es un hombre casado, al que no parece que Jesús haya pedido nunca que abandonara a su esposa. (Mc. 1,30; 1 Cor. 9,5). En las palabras y en la conducta de Jesús no hay ni rastro de oposición entre la fidelidad a Dios y las relaciones sexuales normales, dentro del matrimonio.

La enseñanza de Jesús sobre el matrimonio no termina en su aceptación, sin más. Lucas pone en boca del Señor estas dos sentencias: "Si alguno viene a mí y no aborrece a su padre y madre, a la **mujer** y a los hijos, a los hermanos y hermanas y, más aún, incluso a sí mismo, no puede ser mi discípulo" (Lc. 14,26). "Os lo aseguro: nadie que haya dejado por el Reino de Dios casa, o **mujer**, o hermanos, o padres, o hijos, dejará de recibir mucho más en este mundo, y en el mundo venidero, vida eterna" (Lc. 18,29s).

Comparando estos versículos con los lugares paralelos (Mt. 10,37s; Mc. 10,29s) se observa que sólo Lucas habla del "odio" y de la "renuncia" a la esposa. ¿Cuáles fueron las palabras exactas de Jesús? Poco importa saberlo. El sentido de todas las sentencias es el mismo. Si Jesús no habló de la mujer, el tercer evangelista prolonga las palabras del Maestro en la dirección a que apuntan. Nótese que Lc. 14,26 no encierra ningún ataque específico contra el matrimonio, como no lo encierra tampoco contra las demás relaciones familiares de paternidad o fraternidad: el versículo dice simplemente que es necesario anteponer a todo, incluso a los más legítimos afectos, la fidelidad a la voluntad de Dios.

Lc. 18, 29s se presta más a una interpretación abusiva. ¿Habla Jesús de renunciar a la esposa que ya se tiene o renunciar a un matrimonio y a una paternidad futuros? El paralelismo con la casa y los hermanos hace pensar que puede tratarse de la renuncia a una esposa y a unos hijos ya existentes. Sea de ello lo que fuere, algunos cristianos del s. I interpretaban esta sentencia con todo rigor y es instructivo ver cómo Pablo desaprueba esta interpretación: "En cuanto a los casados, les ordeno no yo sino el Señor, que la mujer no se separe del marido... Que cada cual viva como le ha llamado el Señor" (1 Cor. 7, 10 y 17). Una cosa sí está bien clara en

(7) Cf. R. SCHNACKENBURG, *Das Johannesevangelium* (Harders theologischer Kommentar zum Neuen Testament IV/1), Freiburg, Herder 1972, I, 477. R. E. BROWN, *The Gospel according to John* (The Anchor Bible 29). Garden City, N. Y., Doubleday 1966, I, 173, donde se nos informa de que el **Pirque Aboth** y el tratado **Erubin** del Talmud de Babilonia ponían en guardia a los rabinos sobre el hablar en público con las mujeres.

las palabras de Jesús: el matrimonio y la paternidad no son los valores supremos del hombre. Se puede renunciar a ellos "por el Reino de Dios". Y esta renuncia, lejos de mutilar al hombre, le permitirá recibir incluso en este mundo "mucho más".

Sin duda Jesús fue un hombre célibe, perfectamente casto. También su madre es una virgen. Ahora bien, esta virginidad de la madre y del hijo no es ensalzada como un valor absoluto, independiente. "Hay eunucos —dice Jesús— que ellos mismos se hicieron así por el Reino de los Cielos" (Mt. 19, 12). Parece que con estas palabras sale al paso de quienes le censuraban su soltería, incomprensible en un rabino. La dedicación al Reino de los Cielos es tan absorbente que en su vida no hay lugar para nada más. Pero Jesús no renuncia al matrimonio ni por impotencia, ni por desprecio a la mujer, ni por escrúpulo de pureza ritual (8).

Lo que hace grande y feliz al hombre no es, en última instancia, el matrimonio ni la virginidad, sino el escuchar la palabra de Dios y ponerla en práctica (Lc. 11, 28). Isabel proclama feliz a María porque ha creído que se cumplirán las cosas que le fueron dichas de parte del Señor (Lc. 1,45). María es verdaderamente grande por su fe. Su virginidad tiene sentido sobre todo en relación con su hijo, en cuanto que la concepción y el nacimiento virginal de Jesús son un signo de su puesto excepcional en la historia de la salvación como hijo del Altísimo. La liturgia de la fiesta del 1º de enero subraya con raro acierto la relación que existe entre la mariología y la cristología. María es verdadera madre de un hijo verdadero hombre porque circuncidado, pero de un hijo que recibe su "nombre" del cielo, y por eso verdadera virgen. María madre, Jesús hombre. María virgen, Jesús Dios.

Cuando Jesús habla de las exigencias del matrimonio cristiano, los discípulos alegan: "Si tal es la situación del hombre respecto a la mujer, no conviene casarse". El responde: "No todos son capaces de aceptar esta doctrina, sino aquellos a quienes se les ha concedido" (Mt. 19, 10s). Casi a renglón seguido, tras las palabras sobre los que se han incapacitado para el matrimonio a causa del reino de los cielos, añade: "El que sea capaz de aceptar esto, que lo acepte". Hay aquí un dato esencial. La castidad cristiana, en el estado matrimonial o en el de célibe por el reino de los cielos, es un don, es una gracia. Estas palabras muestran que Jesús sabe de la herida profunda que desgarrar y amenaza de envilecimiento al instinto sexual del hombre. Es éste un dato importante. La castidad conyugal o virginal es, como la fe, un regalo del Padre y, como la fe, exige oración, cuidado, respuesta. Toda fidelidad en la vida cristiana es el fruto de un corazón transformado por la presencia del Espíritu Santo, no el resultado de un esfuerzo humano, aunque sea titánico (Cf. Lc. 8,15; Mc. 7,21-23).

No hay rastros en los evangelios de que Jesús haya discutido problemas de ética sexual que son hoy actuales, como la homosexualidad, la masturbación o las relaciones prematrimoniales. Sin duda coincide con sus contemporáneos en la acep-

(8) Cf. el excelente artículo de Th. MATURA, *Le célibat dans le Nouveau Testament d'après l'exégèse récente*, en NRT 97 (1975), 481-500 y 593-604.

tación global del Antiguo Testamento, en lo que a conducta sexual se refiere (9). Frente a la ley de Moisés, la gran novedad de la enseñanza de Jesús es, como ya se ha señalado, la insistencia en la indisolubilidad del matrimonio. Hay además un matiz importante: Jesús lee el Antiguo Testamento y enseña "como quien tiene autoridad, y no como los escribas" (Mt. 7,29). No se mete en discusiones de escuela ni agota sus energías en la casuística. El precepto central es: "Amarás al Señor... Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos pende toda la Ley y los Profetas" (Mt. 22,37-40). Jesús sólo saca algunas de las consecuencias posibles del mandamiento del amor al prójimo, sin agotar el tema (10).

Respecto al sexto mandamiento del Decálogo, la consecuencia más relevante del amor al prójimo y la novedad más radical es la interiorización del precepto: "Habéis oído que se dijo: 'No cometerás adulterio'. Pero yo os digo: Todo el que mira a una mujer con mal deseo, ya en su corazón cometió adulterio con ella" (Mt. 5,27s).

Jesús exige en el punto concreto de la ética sexual algo más que una conducta exterior correcta: exige la pureza interior, en la raíz misma donde comienzan a forjarse las decisiones (11). Después de Jesús, ya no se puede juzgar la conducta sexual del hombre a partir en primer lugar de categorías psicológicas o sociológicas, sino a partir del mandamiento del amor al prójimo como a uno mismo, amor vivido hasta en lo más secreto del corazón.

Ante los desórdenes sexuales Jesús adopta una postura de rechazo, que no le impide, sin embargo, el ser comprensivo con quienes caen en estos desórdenes. Para él los pecados mayores no son los de impureza, sino los de hipocresía, los de suficiencia, los de resistencia al Espíritu Santo (Cf. Mt. 23,13-36; Lc. 18,9-14; Mt. 12,31). Por eso es más fácil la vuelta a Dios de un publicano y de una prostituta que la de un sacerdote y un fariseo llenos de soberbia: "Os aseguro que los publicanos y las prostitutas llegan antes que vosotros al Reino de Dios" (Mt. 21, 31; cf. vers. 45). La samaritana y la mujer adúltera son tratadas con benevolencia por Jesús (Jn. 4,7-26; 8,3-11). También permite a una mujer conocida como "pecadora" el que derrame un costoso perfume sobre sus pies, los seque con sus cabellos y los cubra de besos (Lc. 7,37s).

Esta actitud acogedora con las personas no es transigencia con la falta. En los tres casos consta explícitamente la conversión, o por lo menos —en el caso de la adúltera— la invitación a ella: "Vete, y desde ahora en adelante no peques más". Jesús es tajante en sus exigencias: "Si, pues, tu ojo derecho es para ti ocasión de pecado,

(9) Cf. en esta misma revista el artículo de A. MORENO.

(10) Los cristianos no han descubierto en ninguna época, ni en la nuestra, todas las exigencias de este mandamiento incomparablemente exigente. Si somos fieles a la gracia y leales con nosotros mismos, veremos cada vez con mayor claridad lo lejos que estamos de cumplirlo. Cf. M. A. FERRANDO, *La relación caridad-justicia en la Biblia*, en 5ª *Semana Social de Chile 1976*, Santiago de Chile, ICHEH 1976, p. 60.

(11) Es excelente el comentario a Mt. 5, 27s, de I. GOMA CIVIT, *El Evangelio según San Mateo (1-13)* (Comentario al NT, III), Madrid, Instituto Español de Estudios Eclesiásticos 1966, pp. 280 s.

sácatelo y arrójalo lejos de ti" (Mt. 5,29ss). Estas duras palabras van en un contexto que no deja lugar a dudas: inmediatamente después de los versículos que se refieren al adulterio y precediendo a los que tratan del divorcio (12).

Los desórdenes sexuales, sin ser el mayor pecado, son con todo un pecado. Jesús condena la "porneía", la "moijeía", la "asélgeia", términos que en primera instancia pueden traducirse por "fornicación", "adulterio" y "lujuria" (Mc. 7,21-23; Mt. 15, 19). Estas palabras no constituyen un catálogo de todas las desviaciones sexuales existentes. Precizando un poco más significan:

"Asélgeia" une dos notas en el mismo concepto: insolencia y fornicación (13). Según Mc. 7, 22, la "asélgeia" es pecado peculiar de quienes hacen consistir la "pureza" en simples exterioridades, pero tienen el corazón podrido. Según esto, parece que la "asélgeia" es una forma de lujuria particularmente odiosa. Es la lujuria de quienes justifican sus desórdenes sexuales con argumentos falaces que les permiten seguir pasando ante sus propios ojos como personas piadosas.

El sentido de "moijeía" es fácil de precisar. Significa el adulterio tanto de la mujer casada como del hombre casado (Cf. Mc. 10, 19; Mt. 5,32).

Spicq expresa así qué desea la "porneía": "Si porneía significa prostitución o adulterio en ciertos textos, como en el griego clásico, designa más a menudo la lujuria o la fornicación según su acepción más general; ella es asociada [por los autores sagrados] a la impureza, al libertinaje, a la concupiscencia, a los vicios contra natura" (14).

Brevemente, los evangelios, como todo el Nuevo Testamento "se caracterizan por la negativa incondicional de todo comercio sexual fuera del matrimonio o contra la naturaleza" (15).

1.3. Un texto de los Hechos de los Apóstoles

Tras la resurrección de Jesús y la venida del Espíritu Santo, el mensaje cristiano se extiende con rapidez por el Imperio Romano, fuertemente helenizado. El

(12) Cf. SCHNACKENBURG, o. c. nota 2, p. 59.

(13) Cf. SPICQ, o. c. nota 2, I, p. 159, nota 4, donde remite a Ef. 4, 19 en primer lugar y después a los "catálogos de vicios" de Mc. 7, 22; Rom. 13, 13; Gal. 5, 19; 1 Pe. 4, 3.

(14) SPICQ, *ibidem*, II, p. 555, n. 2. Cf. *ibidem* I, p. 211, n. 3. Los textos aducidos por Spicq en prueba de su aserto son los siguientes: Jn. 8, 41; Apc. 19, 2; Mt. 21, 31s; Lc. 15, 30; 1 Cor. 6, 15s; He. 11, 31; St. 2, 25; 1 Cor. 5, 1 y 9-11; 10,8; Mc. 7, 22; Gal. 5,19; 2 Cor. 12, 21; Col. 3, 5; Ef. 5, 3; 1 Tim. 1, 10; Apc. 22, 15. Una descripción semejante de "porneía" puede leerse en *Human Sexuality*, o. c. nota 4, pp. 23s: "El sentido del término fue paulatinamente ensanchándose hasta llegar a identificarse con relaciones extramatrimoniales, adulterio, sodomía, matrimonio ilegal e incluso comercio sexual en general, sin más precisiones". "Porneía" viene de un verbo que significa vender, porque en el mundo antiguo la mayor parte de las prostitutas eran mujeres vendidas como esclavas. No es éste el lugar de discutir el sentido de "porneía" en el famoso inciso de Mt. 5, 32 y 19,9 ("El que despidе a su mujer —excepto en caso de porneía— la induce a cometer adulterio"); sobre este tema, cf. A. MORENO, ¿Jesús admite el divorcio?, en *Teología y Vida* 1 (1960), 101-106. El artículo conserva su valor y da indicaciones bibliográficas todavía útiles. Cf. F. HAUCK, S. SCHULZ, art. "Porneía", en *TWNT*, VI, 579-595, estudio muy completo donde también analiza el significado de "idolatría", que la palabra tiene a veces, sobre todo el Apc.

(15) *TWNT*, VI, 590.

mensaje evangélico abandona su terruño, su lugar de origen, donde un pueblo disciplinado por la ley mosaica le ha creado conflictos, pero también lo ha protegido. Ahora está en contacto con una cultura superior, abierta y rica, pero donde el desfreno sexual debía horrorizar a los judíos piadosos.

Los comentaristas, en especial los de las cartas de S. Pablo a los Corintios, se complacen en subrayar lo profunda y extendida que era en el Imperio la decadencia de las costumbres. El mismo Pablo tiene palabras de una desacostumbrada dureza cuando juzga la conducta de los paganos (16).

En todo caso, los problemas relacionados con la vida sexual fueron muy pronto motivo de preocupación para los responsables de la Iglesia. No es seguro que la primera evidencia que de ello hay sea una resolución del concilio de Jerusalén, hacia el año 50. En este concilio y a propuesta de Santiago, es aprobado el siguiente decreto: "Hemos decidido el Espíritu Santo y nosotros no imponeros más cargas que éstas indispensables: Abstenerse de lo sacrificado a los ídolos, de la sangre, de los animales estrangulados y de la porneía" (Act. 15, 20 y 28s).

La dificultad radica en saber qué significa "porneía" (fornicación) en este contexto. En primer lugar, el lector de hoy se sorprende de que se pongan en el mismo nivel de importancia el abstenerse de comer la carne de un animal sofocado y el abstenerse de la impureza sexual.

En realidad, parece que estas cuatro prohibiciones proceden del comienzo de la "Ley de Santidad" (Lv. 17 y 18). Ahí se prohíbe al extranjero residente en Israel el que coma carne sacrificada a los ídolos (Lv. 17, 8s), sangre (Lv. 17, 10-12), o animales sofocados (Lv. 17, 15; cf. Ex. 22, 31) y el que tenga relaciones sexuales con consanguíneas (Lv. 18, 6-8). La "porneía" en este caso equivaldría a matrimonios desaprobados en la ley judía por parecer de alguna manera incestuosos. Las cláusulas propuestas por Santiago tenderían a evitar que los convertidos del paganismo hicieran cosas hirientes para la sensibilidad de los judeocristianos que vivían entre ellos (17). Ni siquiera obligarían a los cristianos de la gentilidad cuando estuvieran alejados de sus hermanos de raza y costumbres judías. Si la interpretación es acertada, no se puede aducir este texto para condenar, por ejemplo, las relaciones prematrimoniales, pero tampoco significa en modo alguno que la fornicación sea ahora tan lícita a un cristiano como lo es el comer ñachi. La única manera de tomar en serio la Sagrada Escritura es no forzarla a decir más de lo que dice en cada lugar. En su conjunto ofrece luz suficiente, sin que por ello dé resueltos todos los problemas al pie de la letra.

(16) Cf. Rom. 1, 18-32. Sorprende un poco lo que SPICQ dice a propósito de las costumbres paganas en el s. I. Por una parte afirma: "El laxismo sexual del mundo antiguo (cf. la literatura: Arquíloco, la Antología palatina, las representaciones eróticas: estatuas, pinturas, etc.) tenían una agresividad que nosotros realizamos difícilmente" (o. c. nota 2, I, p. 211, n. 3). Por otra parte, unas páginas más adelante dedica el apéndice X, altiborrado de notas, al tema "I Cor. V, 1 et la chasteté en dehors du Nouveau Testament", donde la valoración al menos de las ideas de algunos paganos sobre la vida sexual es muy positiva (*ibidem*, II, pp. 816-827).

(17) Cf. R. J. DILLON, J. A. FITZMYER, *Acts of the Apostles*, en *The Jerome Biblical Commentary* (JBC), 45:75.

mensaje evangélico abandona su terruño, su lugar de origen, donde un pueblo disciplinado por la ley mosaica le ha creado conflictos, pero también lo ha protegido. Ahora está en contacto con una cultura superior, abierta y rica, pero donde el desenfreno sexual debía horrorizar a los judíos piadosos.

Los comentaristas, en especial los de las cartas de S. Pablo a los Corintios, se complacen en subrayar lo profunda y extendida que era en el Imperio la decadencia de las costumbres. El mismo Pablo tiene palabras de una desacostumbrada dureza cuando juzga la conducta de los paganos (16).

En todo caso, los problemas relacionados con la vida sexual fueron muy pronto motivo de preocupación para los responsables de la Iglesia. No es seguro que la primera evidencia que de ello hay sea una resolución del concilio de Jerusalén, hacia el año 50. En este concilio y a propuesta de Santiago, es aprobado el siguiente decreto: "Hemos decidido el Espíritu Santo y nosotros no imponeros más cargas que éstas indispensables: Abstenerse de lo sacrificado a los ídolos, de la sangre, de los animales estrangulados y de la porneía" (Act. 15, 20 y 28s).

La dificultad radica en saber qué significa "porneía" (fornicación) en este contexto. En primer lugar, el lector de hoy se sorprende de que se pongan en el mismo nivel de importancia el abstenerse de comer la carne de un animal sofocado y el abstenerse de la impureza sexual.

En realidad, parece que estas cuatro prohibiciones proceden del comienzo de la "Ley de Santidad" (Lv. 17 y 18). Ahí se prohíbe al extranjero residente en Israel el que coma carne sacrificada a los ídolos (Lv. 17, 8s), sangre (Lv. 17, 10-12), o animales sofocados (Lv. 17, 15; cf. Ex. 22, 31) y el que tenga relaciones sexuales con consanguíneas (Lv. 18, 6-8). La "porneía" en este caso equivaldría a matrimonios desaprobados en la ley judía por parecer de alguna manera incestuosos. Las cláusulas propuestas por Santiago tenderían a evitar que los convertidos del paganism hicieran cosas hirientes para la sensibilidad de los judeocristianos que vivían entre ellos (17). Ni siquiera obligarían a los cristianos de la gentilidad cuando estuvieran alejados de sus hermanos de raza y costumbres judías. Si la interpretación es acertada, no se puede aducir este texto para condenar, por ejemplo, las relaciones prematrimoniales, pero tampoco significa en modo alguno que la fornicación sea ahora tan lícita a un cristiano como lo es el comer ñachi. La única manera de tomar en serio la Sagrada Escritura es no forzarla a decir más de lo que dice en cada lugar. En su conjunto ofrece luz suficiente, sin que por ello dé resueltos todos los problemas al pie de la letra.

(16) Cf. Rom. 1, 18-32. Sorprende un poco lo que SPICQ dice a propósito de las costumbres paganas en el s. I. Por una parte afirma: "El laxismo sexual del mundo antiguo (cf. la literatura: Arquíloco, la Antología palatina, las representaciones eróticas: estatuas, pinturas, etc.) tenían una agresividad que nosotros realizamos difícilmente" (o. c. nota 2, I, p. 211, n. 3). Por otra parte, unas páginas más adelante dedica el apéndice X, altiborrado de notas, al tema "I Cor. V, 1 et la chasteté en dehors du Nouveau Testament", donde la valoración al menos de las ideas de algunos paganos sobre la vida sexual es muy positiva (*ibidem*, II, pp. 816-827).

(17) Cf. R. J. DILLON, J. A. FITZMYER, *Acts of the Apostles*, en *The Jerome Biblical Commentary* (JBC), 45:75.

1.4. San Pablo

La primera epístola de Pablo, y quizás también el escrito más antiguo del Nuevo Testamento, es la **primera carta a los tesalonicenses**. La parte parenética o exhortativa comienza con estas recomendaciones: “Esta es la voluntad de Dios: vuestra santificación. Que os alejéis de la fornicación (porneía), que cada uno de vosotros sepa poseer su propia esposa, o su propio cuerpo, con santidad y honor, y no dominado por la pasión (epithymía), como hacen los gentiles que no conocen a Dios. Que nadie falte a su hermano ni se aproveche de él en este punto, pues el Señor se vengará de todo esto, como os lo dijimos ya y lo atestiguamos, pues no nos llamó Dios a la impureza (akatharsía), sino a la santidad. Así pues, el que esto desprecia, no desprecia a un hombre sino a Dios, que os hace don de su Espíritu Santo” (1 Tes. 4,3-8) (18).

Lo primero que llama la atención en este antiguo texto es lo siguiente: La moral cristiana no es justificada por razones filosóficas o de derecho natural. La conducta sexual del cristiano tiene como norma suprema la voluntad de Dios, que quiere “vuestra santificación”. En última instancia es una moral religiosa y revelada.

En segundo lugar, es también notable que Pablo enlace estrechamente el libertinaje de los paganos con su ignorancia acerca de Dios. Seis o siete años más tarde volverá una vez más sobre el mismo tema de la relación entre idolatría y desenfreno, desarrollándolo (Rom. 1,24-32).

En tercer lugar, el pecado de impureza atenta contra la presencia en el hombre del Espíritu Santo, don del Padre.

Aparecen ya aquí los términos más frecuentemente empleados en el Nuevo Testamento para hablar de las desviaciones de la sexualidad humana: porneía, epithymía y akatharsía.

Una vez más resulta difícil traducir con exactitud el término “porneía”. Puede significar en este contexto el engañar a la propia esposa con otra mujer o el engañar a un hermano con la esposa de éste, y el mantener con la propia esposa un tipo de relaciones no especificadas que repugnan a la santidad de la vida cristiana. No parece que se aluda a la masturbación. En todo caso, la extensión del concepto es bastante amplia.

La “epithymía” —asociada aquí a la “pasión”, como en Rom. 1,24-26; Gal. 5,24 y Col. 3,5— es un “deseo intenso, excesivo, desordenado e imperioso” (19).

(18) El término griego que he dudado en traducir por “cuerpo” o “esposa” es *skeuos*. La BJ lo traduce por “cuerpo”, pero explicando así en una nota: “El propio cuerpo de cada uno, 1 Tes. 5, 23; Rom. 12, 1; 1 Cor. 6, 19, o bien el de su mujer, como en varios textos rabínicos y 1 Pe. 3, 7”. F. ZORELL, *Lexicon graecum Novi Testamentum*, indica varias traducciones posibles de esa palabra, según los diversos contextos: cualquier instrumento, vaso, velas y demás aparejos de una nave, los justos (vasos de misericordia), los pecadores (vasos de cólera), etc. Zorell se inclina por traducir aquí “esposa” y añade: “otros, menos adecuadamente, traducen su propio ‘cuerpo’”. Se pueden multiplicar las citas indefinidamente en favor de una y otra traducción.

(19) Cf. SPICQ, o. c. nota 2, 1, pp. 184 s. dos densas páginas, en que casi todo el texto son notas eruditas sobre este concepto.

Esta epithymía o concupiscencia apunta a los objetos más diversos y engloba la sensualidad (Mc. 5,28; Rom. 1,24), el deseo de las riquezas (Act. 20,33; 1 Tim 6,9), la curiosidad insaciable (2 Tim. 3,6), etc. Entre las muchas cosas buenas a que se opone destaca el "Espíritu": "Pues la carne desea (epithymeí) contra el Espíritu, y el Espíritu contra la carne como que son entre sí antagónicos" (Gal. 5,17). Según Col. 3,5 es simplemente "mala" y se asocia con la porneía, con la akatharsía como en 1 Tes. 4,3; y con la "codicia", que es una idolatría. Nótese esta asociación entre desórdenes sexuales e idolatría. También los israelitas en el desierto juntaron idolatría y costumbres disolutas, y eso es "figura" para los cristianos (1 Cor. 10,1-11). Es lógico, pues, que la concupiscencia hunda a los hombres "en la ruina y en la perdición" (1 Tim. 6,9).

Akatharsía es la "impureza, no en sentido cúllico —como en Lv. 5,3— sino en sentido moral y religioso". Acompaña en este texto a la porneía —como en 2 Cor. 12,21; Gal. 5,19 y Ef. 5,3— y significa no sólo el vicio de los pecados sexuales, sin especificación ulterior, sino también las sucias intenciones, que pueden manchar incluso una obra buena (Cf. 1 Tes. 2,3). Lo opuesto a este género de impureza es la "santidad", nombrada nada menos que tres veces aquí en los versículos 3, 4 y 7 (20).

La primera carta a los corintios ofrece más indicaciones que ninguna otra epístola de Pablo sobre el tema de la sexualidad. Los textos más sobresalientes son 5, 1-5, 6,9-19, 7,1-16 y 25-40. Las líneas siguientes intentan poner sólo de relieve unas pocas ideas, quizá no las más importantes. En ningún caso su lectura puede estar separada de la lectura del texto sagrado.

En 1 Cor. 5,1-5 se trata de un pecado de inmoralidad (porneía), "y de una inmoralidad tal, que no se da ni entre los gentiles, hasta el punto de que uno de vosotros vive con la mujer de su padre". La BJ ha acertado a resumir en una breve nota lo que parece hoy más cierto en las exégesis de este pasaje. Se trata de un matrimonio con la madrastra, prohibido por Lv. 18,8 y por el derecho romano. La mayoría de los rabinos toleraban esta unión entre los gentiles convertidos, lo que quizá explique la indulgencia de la comunidad de Corinto que no estaba sometida al derecho civil romano. Porneía tendría un sentido semejante al que tiene Act. 15,20 (21). Puede discutirse si hay aquí un pecado de incontinencia sexual, en el sentido moderno de la palabra. En todo caso, es indiscutible que Pablo se sabe con autoridad para fulminar una excomunión —la primera de que hay noticias en la historia de la Iglesia— que zanje un problema tocante a la vida sexual de un cristiano. Esto es notable.

Los versículos 9 y 10 de 1 Cor. 6 dan una lista de pecados que, con pequeñas variantes, va a repetirse varias veces en el Nuevo Testamento, especialmente en Gal. 5,19-21 y Col. 3,5-8. Entre quienes "no heredarán el reino de los cielos" son nombrados los fornicadores (pornoi), los idólatras, otra vez la relación entre idolatría

(20) Cf. H. SCHLIER, *Der Brief an die Galater* (Meyers Kommentar), Göttingen, Vandenhoeck u. Ruprecht 1965, p. 253 s.

(21) Cf. lo dicho más arriba, nota 17.

y desórdenes sexuales, los adúlteros (moijoi), y los homosexuales (malakoi). Estas palabras sugieren que el libertinaje en Corinto era grande. Algunos de los cristianos fueron tales en otro tiempo. Sólo el bautismo ha logrado que ahora hayan sido "lavados, santificados y justificados". Una vez más la santidad, incluso en el terreno de lo sexual, es presentada como un fruto de la incorporación a Cristo por el bautismo y del regalo que el Padre ha hecho del Espíritu.

En los versículos siguientes, 12-20, Pablo sale al paso de los libertinos que consideran lícita la fornicación. Da, sobre todo, los motivos más profundos por los cuales la fornicación es un pecado particularmente vitando (22). Todo me está permitido, dicen algunos en Corinto. Quienes así hablan son quizá seudocarismáticos que pretenden haber recibido del Espíritu un conocimiento especial para interpretar la Sagrada Escritura en ese sentido. El Apostol responde: la libertad cristiana no es desenfreno. El cristiano no mira tanto a lo que está prohibido o permitido, cuanto a lo que favorece su unión con Cristo.

La actividad sexual es mucho más que la satisfacción de una necesidad biológica, como la de comer y de beber. Comer y beber son necesidades transitorias llamadas a desaparecer después de la resurrección. El cuerpo, en cambio, está destinado a convertirse en un "cuerpo espiritual" por la participación en la vida misma del Señor resucitado (1 Cor. 15-42-44).

La actividad sexual realiza una incomparable unión entre dos personas. Si esta unión es ilícita, como en el caso de las relaciones con una prostituta, se produce con ésta una unión de tal índole que rompe la unión realizada por el bautismo entre Cristo y el cuerpo del bautizado. Por vez primera aparece aquí formulada la doctrina de que los cristianos forman el "Cuerpo de Cristo", que es la Iglesia. El cuerpo del bautizado es miembro de Cristo y, por eso, la Iglesia es una realidad visible en el mundo.

Al separar de Cristo, el pecado de fornicación priva al cuerpo humano de su glorioso destino. Como la unión con Cristo significa el ser santuario de su Santo Espíritu, la fornicación tiene la malicia de un sacrilegio. "¿O no sabéis que vuestro cuerpo es santuario del Espíritu Santo, que está en vosotros?... Glorificad, por tanto, a Dios en vuestro cuerpo" (vers. 19s).

Al leer este texto espléndido, lo que urge no es precisar si el término fornicación incluye o no las relaciones prematrimoniales entre futuros cónyuges. Lo más importante es llegar a sentir la dignidad del cuerpo del cristiano y, también, la privilegiada unión interpersonal que realizan las relaciones sexuales.

A renglón seguido (cap. 7) responde Pablo a algunas preguntas concretas que le han hecho los corintios sobre el matrimonio y la virginidad (23). El Apóstol no redacta un tratado completo sobre esta materia. Su respuesta, además, está

(22) Cf. R. KUGELMAN, *The first Letter to the Corinthians*, en JBC, 15:31-33.

(23) Cf. D. R. CARTLIDGE, *1 Corinthians 7 as a Foundation for a Christian Sex Ethic*, en *The Journal of Religion* 55 (1975), 220-234.

marcada por la persuasión de que la segunda venida de Cristo es inminente, es decir, de que el cristiano vive ya los últimos tiempos. Pablo no discute todos los problemas de la vida sexual, pero lo que dice sigue siendo valioso en sí mismo y porque la situación del cristiano en el mundo es realmente escatológica, en cuanto que por el bautismo participa ya de los bienes del mundo futuro.

Algunos cristianos, quizás influidos por el libertinaje de sus conciudadanos y por las palabras del Apóstol sobre la dignidad del cuerpo humano, se preguntan si las relaciones conyugales son contrarias a la nueva vida en Cristo. ¿No sería mejor abstenerse de relaciones sexuales, incluso en el matrimonio? No será ésta la primera vez en la historia de la Iglesia en que la balanza se desequilibra: unos creyentes piensan que hasta la fornicación les está permitida, otros que hasta el matrimonio es pecaminoso.

La respuesta de Pablo es tajante: la vida matrimonial no se opone de ninguna manera a la incorporación al Señor por el bautismo. El que abrazó la fe estando casado siga casado. El motivo aducido en favor del matrimonio es la "inmoralidad" (porneía), es decir, la dificultad que el varón tiene de vivir sin mujer, y viceversa. Esta idea, que no dignifica mucho al matrimonio, debe ser completada con Ef. 5,21-33, texto en la línea de Gen. 1,27, donde el matrimonio cristiano es presentado como una imagen adecuada del amor recíproco entre Cristo y la Iglesia. Los esposos, ambos, tienen mutuo "derecho" sobre sus cuerpos. No deben abstenerse largo tiempo de relaciones que son un "deber". Que los períodos de total continencia sean cortos, por motivos nobles y decididos de común acuerdo, tras un diálogo franco; el término griego aquí empleado es "ek symphónou", por sinfonía. En el matrimonio una decisión de esa trascendencia no puede ser tomada unilateralmente.

Cuando Pablo escribe estas líneas vive sin mujer, y probablemente nunca tuvo esposa. Por eso habla con autoridad de las excelencias de su estado. Tras la resurrección no habrá ya relaciones sexuales, recuerda. La virginidad es, por eso, mejor que el matrimonio: el célibe vive ya en la tierra como vivirá cuando vea a Dios cara a cara. La virginidad realiza por anticipado la consagración a Dios en cuerpo y espíritu que caracterizará la vida de la gloria.

Es notable el versículo 40, con el cual cierra Pablo esta sección. La mujer que permanece inupta es "más feliz" (makariótera) que la casada, afirma el Apóstol. He aquí un "makarismo", una bienaventuranza, como la de los pobres o la de los que tienen fe (Cf. Mt. 5,3-11; Lc. 1,45; Jn. 20,29). La mujer casada puede ser feliz, pero más aún puede serlo la soltera. Es difícil condenar con más acierto el hedonismo, sin incurrir por ello en el desprecio de la vida matrimonial.

La virginidad es excelente. Sin embargo, más vale casarse que quemarse. En definitiva, el problema de la mayor dignidad de un estado de vida u otro no se resuelve en abstracto. Cada cual debe seguir el que Dios le da, porque matrimonio y virginidad son "carismas", son don de Dios. Ambos estados son posibles en la Iglesia, que de ambos necesita.

El matrimonio es, sí, relativizado, pero no menospreciado. La abstinencia sexual no es una exigencia del culto ni fundamenta una relación particular con Cristo-Esposo. Supone renuncia y sacrificio, pero no tiene valor sacrificial, ni es un medio ascético que garantice, sin más, una perfección mayor (24).

En epístolas posteriores, Pablo vuelve a exponer ideas semejantes a éstas.

En 2 Cor. 12,21 lamenta que todavía muchos no se hayan convertido de sus actos de "impureza, fornicación y libertinaje" (akatharsía, porneía, asélgeia).

Gal. 5, 19s enumera entre varias "obras de la carne" la fornicación, la impureza, el libertinaje y la idolatría. La libertad con que nos liberó Cristo —dice— rompe las cadenas de la Ley antigua, pero no puede ser pretexto para vivir en una anomía que es, en definitiva, una nueva y aún peor forma de esclavitud. Ahora bien, una vida pura, de fidelidad al mandamiento supremo del amor al prójimo, sólo es posible por la acción del Espíritu Santo en el creyente. Entre los frutos que la docilidad al Espíritu produce, enumera Pablo el "autodominio" (25). La ética cristiana se condensa en una fórmula: "vivir en el Espíritu" (vv. 16 y 25). "Sólo él puede quebrar realmente el poder de la carne" (26).

El célebre pasaje de Rom. 1,18-32 fustiga los vicios de los gentiles, entre los que destacan la idolatría y los desórdenes sexuales, en participar la homosexualidad (27). Estos pecados son la consecuencia inevitable del error voluntario acerca de Dios, como ya lo sugería Pablo en 1 Tes. 4,5.

En la misma epístola repite el Apóstol que la vida cristiana no consiste primordialmente de evitar lo ilícito, sino en buscar lo que mejor expresa el amor fraterno: "En efecto, no adulterarás... y todos los demás preceptos se resumen en esta fórmula: amarás a tu prójimo como a ti mismo" (Rom. 13,9).

De los vicios enumerados en Col. 3,5-8 y Ef. 5,3s, ya ha sido dicho algo más arriba. Semejantes a estos versículos son 1 Tim. 1,9s y 2 Tim 3,2-5.

(24) Th. MATURA, o. c. nota 7, p. 600 s. SCHNACKENBURG, o. c. nota 2, p. 174: "Las razones [de Pablo] son genuinamente cristianas, pero no ascéticas en el sentido de que la renuncia a la satisfacción del instinto representase en cuanto tal una vida más santa".

(25) "Egkráteia" es al mismo tiempo abstención de relaciones sexuales ilícitas y el dominio de sí: Act. 24, 25; 2 Pe. 1,6. Cf. SCHLIER, o. c. nota 20, p. 262. Este término griego sería el que mejor corresponde al concepto hoy expresado con la palabra "castidad". Cf. H. BALTENSWEILER, Art. "Zucht, Unzucht", en *Theologisches Begriffslexikon zum Neuen Testament*, hrsgbn. von L. COENEN, E. BEYREUTHER u. H. BIETENHARD, Wuppertal, Rolf Brockhaus Verlag 1971, Bd. II/2, 1503-1506.

(26) SCHLIER, o. c. nota 20 p. 248, comentando el v. 16. Vale la pena leer todo el comentario a Gal. 5,16-24 (págs. 247-264).

(27) *Human Sexuality*, o. c. nota 4, pp. 195 s., comenta a propósito de este pasaje de Rom: "San Pablo no habla aquí en modo alguno del invertido, del verdadero homosexual, para quien el uso 'natural' del sexo significa no sólo una repugnancia sino, en algunos casos, una imposibilidad. Pablo ha sido interpretado como hablando aquí sólo de aquellos que deliberadamente escogen las relaciones homosexuales a cambio de las heterosexuales. Obviamente, San Pablo no supo nada de la inversión ni como rasgo hereditario ni como condición fijada en la niñez... Si la distinción entre perversión deliberada y la orientación homosexual indeliberada no puede ser leída válidamente en San Pablo, lo mismo es verdad para el resto de la Biblia". Creo que esta exégesis es, por lo menos, desorientadoras. Más adelante discutiré los presupuestos en que, me parece, se basa y sus implicaciones.

La dignidad de las relaciones conyugales es destacada por el texto ya aludido de Ef. 5,22-33, en un contexto no polémico. A pesar de todo, las enfermizas tendencias ascéticas de algunos siguieron manifestándose en la Iglesia del s. I. Por eso la licitud y la santidad del matrimonio son fórmulas de nuevo, ahora polémicamente, en 1 Tim. 4,3 y He. 13,4. Estos textos invitan a considerar el caso de los falsos profetas.

1.5. Los falsos profetas (28)

Los falsos profetas han preocupado ya al evangelista Marcos (Mc. 13,11). Son una realidad escatológica coextensiva en el tiempo con la Iglesia. Existirán siempre, hasta que Jesús, en su segunda venida, los destruya con el aliento de su boca (Apc. 19. 20s).

El falso profeta desprecia la tradición apostólica y no obedece a sus legítimos custodios e intérpretes. Su orgullo lo empuja a ser codicioso y cae en el desenfreno. Puede parecer sabio ante el mundo, pero es un ignorante. No está iluminado por el Espíritu de Dios. Es el espíritu del anticristo quien lo invade con sus tinieblas.

Los falsos profetas anuncian un salvador que no es Cristo encarnado y resucitado. Ponen la salvación donde no está: en las propias obras, en la ciencia humana, en una doctrina filosófica, en una raza, en una clase social, en un poder político, realidades que adquieren así un rango mesiánico. Al endiosar esas cosas convirtiéndolas en fin último, terminan imponiendo sobre los hombres un poder totalitario que los esclaviza. En el fondo, se niega la necesidad de una salvación regalada por Dios: el mundo se basta para arreglarse a sí mismo. Es cuestión de tiempo.

Respecto al libertinaje de los falsos profetas, los autores tardíos del Nuevo Testamento son ásperos en sus afirmaciones. No dan, sin embargo, muchas indicaciones sobre los motivos pretendidamente teológicos o filosóficos con que justificaban su conducta y sus enseñanzas. La apologética de fines del s. I. tiende más a denunciar la incompetencia de los disidentes y arruinar su prestigio que a refutar sus errores. En todo caso, los seudoprofetas y seudomaestros son unas pésimas exegetas, que retuercen la Escritura, en la que pretenden encontrar el punto de partida para sus especulaciones. Son charlatanes que insultan lo que no conocen, indoctos y vacilantes. Enseñar lo que ignoran y criticar lo que no comprenden es una especialidad de los falsos profetas (Cf. 2 Pe. 2, 10-19 y 3,16).

La 2 Pe arremete sin piedad contra ellos. Estos falsos doctores no tienen ninguna virtud. Su lujuria, en concreto, causa horror al autor de la epístola: "Andan tras los deseos infectos de la carne. Su idea del placer es la francachela en pleno día. Se

(28) Cf. mi artículo *Falsos profetas según el Nuevo Testamento*, en *Teología y Vida* 14 (1973), 149-164, del que retomo las ideas aquí brevemente expuestas. El libro de A. GONZALEZ, N. LOHFINK, G. von RAD, *Profetas verdaderos. Profetas falsos* (Biblioteca de Estudios Bíblicos 16), Salamanca, Sígueme 1976, no caracteriza a los falsos profetas como hombres disolutos y predicadores del desenfreno. En las pp. 58-61 se señalan los "criterios éticos" para distinguir a los profetas falsos de los verdaderos, pero se trata sólo de los profetas del AT.

comen con los ojos a las mujerzuelas y no se hartan de pecar. Vocean pomposas vaciedades y, atizando los deseos de la carne y el desenfreno, engatusan a los que apenas empiezan a apartarse de los que viven en el extravío. ¡Les prometen libertad, ellos los esclavos de la corrupción!" (2 Pe. 2, vv. 10, 13, 14, 18, 19. Trad. de J. Mateos). Esta conducta tiene un efecto destructor para la difusión del cristianismo: "Por causa de ellos, el camino de la verdad será difamado" (vers. 2). A sus discípulos "más les habría valido no conocer el camino de la rectitud que, después de conocerlo, volverse atrás del mandamiento santo que les transmitieron" (v. 21).

La carta de Judas insiste también en la ignorancia y en la inmoralidad de estos propagandistas del error: "Han convertido en libertinaje la gracia de nuestro Dios. Sus desvaríos los llevan a contaminar la carne, blasfeman de lo que no conocen y con sus instintos, comunes con los animales, se corrompen. Son hombres de instintos y sin espíritu" (vv. 4, 8, 10, 19).

La doctrina de las epístolas pastorales presenta paralelismos indudables con 2 Pe. El origen de las falsas doctrinas es "extraño" y doble. Proceden de especulaciones inspiradas primordialmente en el Antiguo Testamento y quizás en la filosofía neoplatónica, de corte dualista. Pero hay otro origen más real y más profundo: la inspiración diabólica.

Las pastorales insisten menos que 1 Jn o 2 Pe en la conducta licenciosa de los falsos doctores y más en su orgullo, en lo vano de sus especulaciones, en su verborrea estrafalaria. En lo que a placeres sensibles se refiere, estos sectarios andan preocupados de qué cosas se pueden comer y cuáles no. En particular sienten una aversión característica hacia el matrimonio. Esto traduce una concepción equivocada de la radical bondad de todo lo creado. También indica una mentalidad farisaica: la salvación se hace depender no de la fe en Jesucristo y del amor, sino de unas prácticas ascéticas que uno se impone a sí mismo y que tranquilizan la conciencia de quien se somete a ellas. Reaparece una característica de toda herejía: se busca la salvación en el hombre mismo y no en Dios. El evangelio se ha vuelto algo razonable, a escala humana. La cruz ha dejado de ser escándalo, porque ya no es cruz (29).

1.6. Tres ídolos: sexo, dinero, poder político

"Porneía" significa fornicación e idolatría (1 Cor. 6, 13; Apc. 18, 3, donde la porneía-idolatría aparece íntimamente ligada con el lujo desenfrenado). Incluso cuando significa fornicación nada más, los autores inspirados la relacionan con la idolatría (vg. Apc. 21, 8). La codicia es una idolatría (Col. 3, 5). El poder político se convierte en ídolo que reclama la adoración (Apc. 13).

(29) Cf. 1 Tim. 1,3-11; 4-1-11; 2 Tim. 2, 14-21; 3,1-9; Tit. 1,10-16; 3,8-11. Una de las poquísimas sectas heréticas citadas por su nombre en el NT es la de los nicolaítas (Apc. 2,6 y 15). Los secuaces de esta herejía, afirma Clemente de Alejandría, "se prostituyen sin la menor reserva" (citado por EUSEBIO, *Hist. Ecl.* III, 29, 2).

comen con los ojos a las mujerzuelas y no se hartan de pecar. Vocean pomposas vanidades y, atizando los deseos de la carne y el desenfreno, engatusan a los que apenas empiezan a apartarse de los que viven en el extravío. ¡Les prometen libertad, ellos los esclavos de la corrupción!” (2 Pe. 2, vv. 10, 13, 14, 18, 19. Trad. de J. Mateos). Esta conducta tiene un efecto destructor para la difusión del cristianismo: “Por causa de ellos, el camino de la verdad será difamado” (vers. 2). A sus discípulos “más les habría valido no conocer el camino de la rectitud que, después de conocerlo, volverse atrás del mandamiento santo que les transmitieron” (v. 21).

La carta de Judas insiste también en la ignorancia y en la inmoralidad de estos propagandistas del error: “Han convertido en libertinaje la gracia de nuestro Dios. Sus desvaríos los llevan a contaminar la carne, blasfeman de lo que no conocen y con sus instintos, comunes con los animales, se corrompen. Son hombres de instintos y sin espíritu” (vv. 4, 8, 10, 19).

La doctrina de las epístolas pastorales presenta paralelismos indudables con 2 Pe. El origen de las falsas doctrinas es “extraño” y doble. Proceden de especulaciones inspiradas primordialmente en el Antiguo Testamento y quizás en la filosofía neoplatónica, de corte dualista. Pero hay otro origen más real y más profundo: la inspiración diabólica.

Las pastorales insisten menos que 1 Jn o 2 Pe en la conducta licenciosa de los falsos doctores y más en su orgullo, en lo vano de sus especulaciones, en su verborrea estrafalaria. En lo que a placeres sensibles se refiere, estos sectarios andan preocupados de qué cosas se pueden comer y cuáles no. En particular sienten una aversión característica hacia el matrimonio. Esto traduce una concepción equivocada de la radical bondad de todo lo creado. También indica una mentalidad farisaica: la salvación se hace depender no de la fe en Jesucristo y del amor, sino de unas prácticas ascéticas que uno se impone a sí mismo y que tranquilizan la conciencia de quien se somete a ellas. Reaparece una característica de toda herejía: se busca la salvación en el hombre mismo y no en Dios. El evangelio se ha vuelto algo razonable, a escala humana. La cruz ha dejado de ser escándalo, porque ya no es cruz (29).

1.6. Tres ídolos: sexo, dinero, poder político

“Porneía” significa fornicación e idolatría (1 Cor. 6, 13; Apc. 18, 3, donde la porneía-idolatría aparece íntimamente ligada con el lujo desenfrenado). Incluso cuando significa fornicación nada más, los autores inspirados la relacionan con la idolatría (vg. Apc. 21, 8). La codicia es una idolatría (Col. 3, 5). El poder político se convierte en ídolo que reclama la adoración (Apc. 13).

(29) Cf. 1 Tim. 1,3-11; 4-1-11; 2 Tim. 2, 14-21; 3,1-9; Tit. 1,10-16; 3,8-11. Una de las poquísimas sectas heréticas citadas por su nombre en el NT es la de los nicolaítas (Apc. 2,6 y 15). Los secuaces de esta herejía, afirma Clemente de Alejandría, “se prostituyen sin la menor reserva” (citado por EUSEBIO, Hist. Ecl. III, 29, 2).

Sexo, dinero y poder político: tres realidades de dimensiones colosales, buenas en sí mismas y amenazadas como ninguna otra de convertirse en las fuerzas más deshumanizadoras y antidivinas del universo. Tras los ídolos, a quien de verdad adora el hombre es al Diablo (1 Cor. 10, 20), padre de la mentira y asesino desde el principio (Jn. 8, 44). Por eso, cuando sexo, dinero y poder político se erigen en dioses, revisten las mismas características de quien los pervierte. Tratan de justificarse con un aparato propagandístico que sólo difunde mentiras y atentan contra el más sagrado de los derechos del hombre, su vida. Nacen así el aborto legalizado, los pueblos explotados y hambrientos, las cámaras de gas y los campos de concentración.

El hombre se destruye cuando adora falsos dioses. Su grandeza y dignidad consisten en conocer y reconocer al verdadero Dios. "Para nosotros no hay más que un Dios, el Padre, de quien todo procede y nosotros para él, y un solo Señor Jesucristo, por quien todo existe y nosotros por él" (1 Cor. 8, 6) (30).

2. ACTUALIDAD DE LAS INDICACIONES DEL NUEVO TESTAMENTO EN TORNO A LA SEXUALIDAD HUMANA

"Al interpretar el Nuevo Testamento, sin embargo, nosotros necesitamos distinguir entre lo que es original y lo que es derivado, entre declaraciones de importancia esencial y las de una cualidad periférica" (31).

Uno puede suscribir estas palabras sólo después que se determine inequívocamente quiénes son los "nosotros" capaces de hacer tales distinciones ¿Son los autores de esas líneas? ¿Son sus lectores? ¿Son los exegetas especializados en el método histórico-crítico? ¿Son los antropólogos? ¿O son los sucesores de los apóstoles, puestos por el Espíritu Santo como pastores del pueblo de Dios?

Una vez más se plantea con crudeza el problema de la clave hermenéutica, de los criterios para interpretar la Biblia.

Leyendo algunos comentarios a textos del Nuevo Testamento, hechos por autores católicos, queda a veces una sensación de desconcierto. Se subraya el valor normativo de la Sagrada Escritura, pero en términos que parecen luteranos, es decir, en desmedro del valor de la Tradición y del Magisterio. A continuación se relativiza el valor de la Sagrada Escritura. Incluso el Nuevo Testamento sería un conjunto de escritos tan marcados por las condiciones culturales en que vieron la luz, que sólo pueden ser normativos cuando se los ha expurgado de lo que contienen de históri-

(30) Este tema merece un desarrollo más amplio e independiente. Quede aquí enunciado nada más. Creo que los textos comentados hasta ahora, sin ser todos, caracterizan suficientemente la doctrina común a todo el NT. Del Apc. señalo 2,14 y 20 s.: parece que la libertad sexual, el libertinaje, era tenida por algunos como una prueba de superioridad cristiana. La fornicación es uno de los pecados capitales de los paganos (9,21), uno de los que causan la "segunda muerte" (21,8 y 22,15). Cf. el breve y jugoso comentario de TWNT, VI 594.

(31) *Human Sexuality*, o. c. nota 4, p. 17.

camente caduco. Pero, una vez más, ¿quién puede señalar lo que es caduco? ¿Quién puede precisar un "canon dentro del canon"?

Para esos autores el estudio del Nuevo Testamento parece convertirse en una curiosidad histórica más. Es interesante saber lo que dice —en concreto sobre la sexualidad humana— casi como es interesante conocer la doctrina de San Agustín, la del Catecismo Romano o la de los moralistas del s. XIX. Una investigación histórica de esta índole puede sacar a la luz datos que van desde lo lamentable hasta lo regocijante. A la hora de la verdad, al establecer los hitos que estructuran una ética sexual para el hombre de hoy, parece recurrirse en primer lugar a los datos de la psicología, de la sociología y de otras ciencias afines, más que a los de la Biblia.

Cabe temer que, con estos criterios, el exegeta y el teólogo se deslicen por una pendiente que les lleve a convertirse en falsos profetas.

La interpretación de la Biblia no puede hacerse al margen de la Iglesia, fuera de su Tradición, sin tener en cuenta al Magisterio. La exégesis pide un minucioso trabajo científico, que reclama conocimientos históricos, lingüísticos, arqueológicos, etc. El exegeta no puede olvidar, además, que debe tener en cuenta, "con no menor empeño, la Tradición viva de toda la Iglesia y la analogía de la fe". A él corresponde tan sólo el ayudar a "madurar el juicio de la Iglesia a base de un estudio en cierto sentido preparatorio. En efecto, todo lo tocante a la forma de interpretar la Escritura está en último término sometido al juicio de la Iglesia, que cumple el mandato y el servicio de conservar e interpretar la palabra de Dios" (32).

Es verdad que las afirmaciones, o negaciones, del Nuevo Testamento tienen densidad religiosa muy distinta unas de otras. También es verdad que su enseñanza es en muchos puntos incompleta y fragmentaria. En concreto, no hay en él pronunciamientos directos sobre la masturbación de los adolescentes ni sobre las relaciones prematrimoniales entre futuros esposos. También se puede admitir que Pablo, al hablar de la homosexualidad, piensa sólo en quienes deliberadamente han pervertido su instinto originariamente heterosexual. Ahora bien, eso no significa en modo alguno que de los silencios de la Biblia se deduzca que lo no condenado por ella puede ser, por eso mismo, moralmente lícito.

La exégesis no agota la reflexión de la Iglesia. La teología bíblica no es toda la teología, precisamente porque las enseñanzas de la Biblia son incompletas y fragmentarias. Tampoco la teología posterior al s. I hace inútiles los avances de las ciencias antropológicas, como la psicología. El mundo del espíritu es demasiado grande para que nadie pretenda acaparar todas sus riquezas. Ahora bien, en este universo complejo, la palabra de Dios, transmitida por escrito y leída en la Iglesia, es un punto de referencia necesario para el creyente, sea teólogo, historiador o psicólogo.

No hay aquí atentado alguno contra la autonomía de las ciencias. la reve-

(32) Const. dogmática del Vaticano II *Dei Verbum* N.º 12. Cf. N.ºs 9, 10 y 21.

lación, aceptada por la fe, descubre en el ser profundidades inaccesibles a la ciencia, pero no por eso menos reales. Hay que atreverse a proclamarlo: cuando se trata de ciencias del hombre, es pésimo método científico el contar sólo con la existencia de lo que está al alcance de la pura razón humana, negando la del resto. No puede haber incompatibilidad entre criterios científicos y criterios morales, aunque no siempre se vea clara su armonía.

Quizás valga la pena recordar, para concluir, algunas de las ideas fundamentales sobre la sexualidad humana, descubiertas en el Nuevo Testamento a lo largo de las páginas precedentes.

En primer lugar, hay que guardarse tanto de las corrientes laxistas como de las rigoristas. Ambas tendencias están ya presentes en los albores del cristianismo y siguen estándolo a lo largo de todo su desarrollo histórico, como una tentación inevitable. En un laxismo con mal barniz teológico y psicológico puede estar la explicación de los primeros pasos que han llevado a más de un sacerdote al abandono de su ministerio. Por otra parte, un rigorismo que nada tiene de bíblico, ha inspirado a algunas instituciones eclesíásticas y a algunos tratados de pretendida Teología Moral normas de vida y expresiones que uno no sabe si calificar de ridículas o de inhumanas. Los falsos profetas pueden militar en campos aparentemente antagónicos.

En segundo lugar, matrimonio y celibato gozan de alta estima entre los autores inspirados. Ambos son, como el ministerio episcopal, dones gratuitos de Dios, "carismas" (1 Cor. 7, 7; 1 Tim. 4, 14). Todos los carismas son necesarios en la Iglesia. Pero son regalos antes que recompensas: el primer deber de cada cristiano es descubrir el suyo propio y aceptar con gratitud el vivirlo.

Por fin, el Nuevo Testamento no funda la moral en tal o cual prescripción condicionada por la cultura de un pueblo o de una época, sino en el amor al prójimo y en la relación que tiene el cuerpo humano con el Señor. No se preocupa tanto de tipificar pecados cuanto de dar motivos y alientos para caminar hacia la Vida. La conducta del cristiano brota de una certeza: el Espíritu del Padre está presente en el hombre hecho miembro de Jesucristo por la fe y el santo bautismo. Esta Divina Presencia es la fuerza que vence al pecado y a la muerte.